

EL BANQUETE DEL REINO

Objetivo: Hacer apreciar al estudiante las alegrías del reino de Cristo, y hacerlo ver la necesidad de ponerlo sobre todas las cosas del mundo.

LA PARABOLA DE LA GRAN CENA



“Oyendo esto uno de los que estaban sentados con él a la mesa, le dijo: Bienaventurado el que coma pan en el reino de Dios. Entonces Jesús le dijo: Un hombre hizo una gran cena, y convidó a muchos. Y a la hora de la cena envió a su siervo a decir a los convidados: Venid, que ya todo está preparado. Y todos a una comenzaron a excusarse. El primero dijo: He comprado una hacienda, y necesito ir a verla; te ruego que me excuses. Otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlos; te ruego que me excuses. Y otro dijo: Acabo de casarme, y por tanto no puedo ir. Vuelto el siervo, hizo saber estas cosas a su señor. Entonces enojado el padre de familia, dijo a su siervo: Ve pronto por las plazas y las calles de la ciudad, y trae acá a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos. Y dijo el siervo: Señor, se ha hecho como mandaste, y aún hay lugar. Dijo el señor al siervo: Ve por los caminos y por los vallados, y fuérganlos a entrar, para que se llene mi casa. Porque os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron convidados, gustará mi cena” (Lucas 14:15-24).

LAS PARÁBOLAS DE LA FIESTA DE BODAS Y DEL VESTIDO DE BODAS



“Respondiendo Jesús, les volvió a hablar en parábolas, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un rey que hizo fiesta de bodas a su hijo; y envió a sus siervos a llamar a los convidados a las bodas; mas éstos no quisieron venir. Volvió a enviar otros siervos, diciendo: Decid a los convidados: He aquí, he preparado mi comida; mis toros y animales engordados han sido muertos, y todo está dispuesto; venid a las bodas. Mas ellos, sin hacer caso, se fueron, uno a su labranza, y otro a sus negocios; y otros, tomando a los siervos los afrentaron y los mataron. Al oírlo el rey, se enojó; y enviando sus ejércitos, destruyó a aquellos homicidas, y quemó su ciudad. Entonces dijo a sus siervos: Las bodas a la verdad están preparadas; mas los que fueron convidados no eran dignos. Id, pues, a las salidas de los caminos y llamad a las bodas a cuantos halléis. Y saliendo los siervos por los caminos, juntaron a todos los que hallaron, juntamente malos y buenos; y las bodas fueron llenas de convidados. Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre

que no estaba vestido de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Mas él enmudeció. Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. Porque muchos son llamados, y pocos escogidos” (Mateo 22:1-14).

La gran cualidad que dominó la vida de Jesús fue su altruismo. Mientras comía en presencia de los fariseos, los pensamientos de Jesús volvieron a los muchos no invitados. Entonces habló a su anfitrión en los términos más claros y dijo: “Cuando hagas comida o cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos; no sea que ellos a su vez te vuelvan a convidar, y seas recompensado. Mas cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos; y serás bienaventurado; porque no te pueden recompensar, pero te será recompensado en la resurrección de los justos” (Lucas 14:12-14). Estas fueron palabras duras; fueron palabras condenatorias. Su anfitrión ha de haberle echado una mirada feroz de censura y enojo. Más Jesús, sin otra palabra de explicación, se mantuvo firme. Entonces, tratando de aliviar la situación, uno de los invitados exclamó: “Bienaventurado el que coma pan en el reino de Dios.” Jesús respondió con una parábola en la que compara su reino con un banquete suministrado por Dios.

LA PARABOLA DE LA GRAN CENA

Una vez un hombre dio un gran banquete. Primero, según las costumbres orientales, se hizo un anuncio general para informar a todos del evento venidero. La fecha fue señalada, pero la hora exacta no. En el día destacado, ya hechas las preparaciones y todo estando en orden, el hombre mandó a su siervo ir a decir a sus amigos invitados que había llegado la hora de la cena. Pero cada hombre, por una razón u otra, empezó a excusarse y no asistió. El siervo volvió y reportó esto a su amo. El amo se llenó de ira. Si sus amigos no iban a venir, debían haber rehusado a la primera invitación y no haber esperado el último momento. ¿Ahora qué había que hacer? “Ve a la ciudad,” dijo el amo, “y trae a los mancos, los pobres, los cojos y los desatendidos, y déjales a ellos llenar los lugares vacíos.” El siervo obedeció, pero todavía había lugar. “Entonces apúrate a llamar a los que están en el campo,” demandó el amo, “porque quiero que mi casa se llene de invitados a comer mi cena.”

UNA PARABOLA PARECIDA

Mateo apunta una parábola parecida (vea Mateo 22:1-14), tan parecida a ésta que algunos traductores han declarado que son solamente dos variaciones de una misma narración original. Pero los detalles de las parábolas, y sus ambientes, son bien distintos. La de Mateo sigue de cerca a la Parábola de los Labradores Malvados y hace sonar una nota de aseverancia a los judíos que rechazarían a su Mesías. La parábola en Lucas, sin embargo, no es tan severa en tono, aunque se emplea como una

advertencia a todos los hombres que no darían por sentado el reino. Las dos parábolas, entonces, son independientes la una de la otra. Sus similitudes se deben a su fuente de origen común, el Maestro Galileo.

EL BANQUETE DIVINO

La primera verdad que nos llama la atención en esta instancia, es que Jesús compara a su reino con un banquete suntuoso. La mayor parte del capítulo 14 (vs 1-25) de Lucas, tiene que ver con fiestas y banquetes, lo cual es de gran significado, pues en esta atmósfera, el relato de Jesús nos hace ver que entrar en el reino de Dios es como asistir a una gran fiesta. Era la creencia común en ese tiempo que al venir el Mesías, en la edad de oro de su reino, todos los judíos serían invitados a sentarse a la mesa del Mesías. Jesús empleó esa noción popular para enseñar que el reino es semejante a un banquete. El reino no es una procesión funeraria larga y medrosa. Es una ocasión festiva de amistad abrigada y deleite inaudito. Cada seguidor de Cristo en el reino, por supuesto, tiene que llevar su propia carga y cada uno tiene que cargar su cruz. Pero Cristo aclara que no vino a oscurecer a un mundo ya lóbrego. Su misión era la de traer “las buenas nuevas” del reino de Dios.

Desde esos días, sin embargo, este mensaje de Cristo se ha torcido más allá de lo reconocible. Muchos han llegado a creer que uno no puede gozar de la vida si es cristiano; que para ser cristianos debemos censurar todo placer y alegría que nos ofrece este bello mundo. Tal concepto errado del cristianismo resulta de una idea equivocada de Jesús. En cumplimiento del Antiguo Testamento, el Nazareno, en verdad, fue el “varón de dolores”, el siervo divino que “herido fue por nuestras rebeliones” y “molido por nuestros pecados” (Isaías 53:3-5). Pero esta imagen de Jesús como el Siervo Sufrido ha sido exagerada en forma desproporcionada. Un ejemplo de esto es una carta ficticia escrita por cierto Publio Lentulo, un supuesto contemporáneo de Pilato. La carta, escrita en latín y compuesta no antes del siglo cuarto D.C., se propone dar una descripción física verdadera de Jesús. Habla de esta forma: “En reprender y reprochar es formidable; en exhortar y enseñar, benévolo y amable. Jamás se le ha visto reír, pero sí llorar a menudo. Su persona es alta y erguida; sus manos y miembros bellos y rectos. En hablar es deliberado y grave, y poco dado a ser locuaz. En belleza sobrepasa a los hijos de los hombres.” Así sigue la descripción imaginaria. Pero por ser la primera descripción escrita de Jesús, ha tenido un efecto duradero en el arte y la escultura de las edades sucesoras, y todavía hoy se ha tenido a Jesús como a un hombre que nunca rió. Pero esto no es un cuadro real de Jesús. El Jesús de los evangelios era verdadero, de carne y hueso, tanto humano como divino. No era ascético, ni ermitaño (vea Mateo 11:18,19). No habría sido compañero de los niños ni amigo de los cobradores de impuestos si hubiera sido un hombre que nunca reía. Al contrario, algunos de sus dichos, como el hombre con la paja en el ojo (Mateo 7:3-5), indican que tuvo un gran sentido del humor; y

muchas ilustraciones de sus parábolas demuestran que Jesús gozaba con una buena historia como cualquier otra persona.

Si Jesús vivió de tal manera como para disfrutar de la vida, sus discípulos deben hacer lo mismo. No se espera que ellos, según los monjes, se retiren del mundo y se sometan a castigos y miserias corporales. Ni deben ser sujetos, como algunos de los puritanos del pasado, por un código tan estricto que aun los juguetes para los niños son condenados como “obras de la carne.” John Wesley era un gran hombre, pero cometió algunos errores trágicos con los niños. En el año 1748, estableció una escuela llamada la Escuela Kingswood. Los niños de la escuela se levantaban a las 4 a.m., en el verano y en el invierno. No había períodos de descanso, ni días feriados, ni juegos de ninguna clase en ningún día.² En contraste agudo a esta austeridad, Jesús dijo que su reino es uno lleno de gozo. Del gozo del espíritu en el cielo eternamente, no del gozo de la vida sensual y disipada. Los gozos del favor de Dios, la redención del pecado, el consuelo del Espíritu Santo, la comunión de los santos y la paz de Dios que sobrepasa el entendimiento —éstos son los gozos del cristiano que hacen que cada día parezca un día de fiesta.

LAS EXCUSAS FRIVOLAS

Ya hechas las preparaciones del banquete y salido el siervo a anunciar la hora exacta, los invitados “todos a una comenzaron a excusarse.” La expresión griega traducida aquí “todos a una” es (apo mias), y es un poco obscura en su significado. Generalmente se la entiende como “igualmente” o “unánimes”: así que todos a una, como algo premeditado, empezaron a rehusar la invitación. Hay una posibilidad, no obstante, que se hace evidente por información reciente de unos descubrimientos de papiros, que la expresión (apo mias) significaba “en seguida”: entonces que todos, sin pestañear, de inmediato empezaron a excusarse. ³ Entendiéndola de cualquier modo, es obvio que los convidados simplemente no querían ir. Las excusas que ofrecieron los invitados enseñan ciertas lecciones. Las tres excusas se pueden dividir en dos clases: las primeras dos tienen que ver con las posesiones terrenales, y la tercera trata de los lazos terrenales.

1. Las posesiones terrenales. El primer hombre dijo: “He comprado una hacienda, y necesito ir a verla.” El segundo dijo: “He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlos.” Hay poca diferencia en las excusas. Ambos hombres estaban tan metidos en sus asuntos de negocios que no tenían tiempo para nada más. Tenían demasiado que hacer. No podían venir. Mucha gente hoy hace lo mismo. La vida del momento recibe toda su atención. Su negocio es su Biblia, y “ganar la vida” su credo. Nunca parecen tener tiempo para otros y, por supuesto, jamás tienen tiempo para adorar u orar o pensar en la vida futura. Seguramente esta es una razón por la cual Dios en su sabiduría ha provisto para los cristianos una singular ocasión y un

servicio de culto especial en el día del Señor. Ese día viene a ser una especie de llamamiento especial para que dejemos a un lado los asuntos de la semana y le pongamos toda la atención a los asuntos de Dios. En la asamblea, hermano se encuentra con hermano; cada uno anima al otro para que no tropiece; y todo hermano medita sobre el sacrificio de Cristo y hace memoria una vez más sobre el costo del pecado. Debemos animarnos, pues, a no dejar de congregarnos para el culto (Hebreos 10:25). No es posible que un hombre viva sólo de pan (vea Mateo 4:4). Debemos estar seguros de que las demandas del negocio y las posesiones terrenales no nos impidan cumplir con lo que Dios nos pide.

2. Los lazos terrenales. El tercer hombre dijo: “Acabo de casarme, y por tanto no puedo ir.” Una de las leyes amables del Antiguo Testamento hacía concesiones para los recién casados: “Cuando alguno fuere recién casado, no saldrá a la guerra, ni en ninguna cosa le ocupará; libre estará en su casa por un año, para alegrar a la mujer que tomó” (Deuteronomio 24:5). Tal vez, tomando como base esta ley, el hombre rehusó venir. De todos modos creía que tenía buena excusa. Puso las obligaciones de la familia y el hogar en primer orden, y esperaba que todos entendieran.

Resulta una paradoja que algo tan bello y dulce como el hogar pueda interponerse entre un hombre y su Dios. La Escritura dice ciertamente: “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Génesis 2:24). Pero dejar padre y madre no quiere decir que uno debe dejar a su Padre celestial. Nuestros hogares, por supuesto, figuran entre nuestras más grandes bendiciones. Pero muchas veces nuestras bendiciones se transforman en desastres. Hay por lo menos dos maneras por las cuales podemos hacer mal uso de nuestros hogares. Primero, nuestro hogar y los lazos familiares pueden ocupar el lugar principal de nuestros corazones. La excusa del hombre que no podía dejar a su esposa se debe comparar con el dicho de Jesús, unos pocos versos después: “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo” (Lucas 14:26). Jesús demanda un cariño exclusivo. Quiere el corazón entero, no haciendo excepción ni del hermano, ni madre, ni esposa. Segundo, podemos emplear nuestros hogares de manera egoísta. Pueda que lleguemos a casa después de trabajar todos los días, no queriendo hacer nada más que descansar y disfrutar del resto del día. O quizá pasemos mucho tiempo esforzándonos en hacer cómodas nuestras casas, de modo que nos rodeamos de lujo y cerramos las puertas a otras personas. Sin hacer caso al cómo se construye nuestra casa, las puertas siempre deben estar abiertas a las necesidades de los demás. La hospitalidad era una virtud en los tiempos del Nuevo Testamento (vea

Romanos 12:13; Hebreos 13:2); y la hospitalidad aún hoy es la gloria más grande de un hogar cristiano.

LA INVITACION UNIVERSAL

Las excusas insustanciales hicieron enojar al anfitrión: los invitados especiales no quisieron venir. Entonces mandó a su siervo a la ciudad a traer a los pobres y los cojos y los mancos y los ciegos. Fueron recogidos de “las plazas y las calles” de la ciudad, los lugares públicos en donde se les encontraba generalmente a los que no tenían hogares cómodos. Aún había lugar. “Entonces, sal fuera de la ciudad a los caminos y vallados,” dijo el anfitrión. “Quiero que mi casa se llene,” La aplicación inmediata de estas palabras señala a los judíos. Habían rechazado a Jesús y no querían sentarse a la mesa del Mesías; entonces, la clase de gente baja: publicanos, pecadores, y aun los gentiles, ocuparían los asientos de ellos en la mesa real. Así, la verdad maravillosa de aplicación universal es que Dios quiere que su casa se llene, que su misericordia es abundante y que quiere la salvación para todos. Cuando alguien rehúsa su invitación, lo deja, y busca a otros para que vengan a festejar en su banquete. El evangelio es para todos. La gran comisión es para el mundo entero. El amor de Dios desea una multitud de convidados.

Qué cosa más digna de verse cuando los cojos y mancos entraron a la sala del banquete —los pobres con sus cabezas inclinadas, los cojos apoyándose en sus muletas, los ciegos buscando a tientas un lugar donde sentarse. Pero se trataba de un grupo feliz en una ocasión también feliz. Y qué de los que no vinieron? Ellos mismos se habían excluido. Habían mandado distintas excusas, pero había una sola razón por la que no vinieron. Amaban otras cosas demasiado. Rechazaron a un anfitrión generoso. Rehusaron la gracia.

NOTAS:

- 1- “Como citado por Philip Schaff, *History of the Christian Church*, 1, pp. 168-69.
- 2- Robert Southey, *The Life of John Wesley* (Nueva York: Frederick A. Stokes Co., 1903), pp. 225-26.
- 3- Veá Arndt-Gingrich, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature*, p. 88.

PREGUNTAS

1. Leer las parábolas de las Bodas del Hijo del Rey y la del Vestido de Bodas (Mateo 22:1-14). Comparar y contrastar estas parábolas con la Parábola de la Gran Cena.
2. ¿Cuáles lecciones se podrían sacar del hecho de que Jesús comparara su reino con un banquete?

3. Discutir la naturaleza de las tres excusas dadas. ¿Son malas en sí las cosas mencionadas en las excusas? ¿Cómo se comparan nuestras excusas hoy en día con las dadas por los convidados?
4. Dar el significado del dicho: “Ve por los caminos y por los vallados. Quiero que se llene mi casa.”
5. ¿Está cuidando su congregación solamente a la gente “buena” o está dispuesta a cooperar de lleno en los problemas y necesidades de la comunidad?